

intención con dos plantas espesas que, dando lecciones de justicia á los señores del Jurado, abren sus hojas para que pueda entreverse aquella maravilla de mármol.

A qué obedece esta ocultación. Dicen... dicen tantas cosas... la versión más corriente es ésta:

La estatua es demasiado atrevida... el desnudo no oculta nada... ¡Tiene gracia! ¡Un Jurado de artistas discurriendo á compás de las señoritas enclenques y el pollo tísico que miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena! ¿Esto es posible? Sería cosa de no creerlo si el Jurado atendiendo á imposiciones oficiales no hubiese permitido que pusieran hojas de parra ¡de papel! á los desnudos de hombre.

Siendo eso cierto, y yo lo he visto, hay que creerlo todo y esperarlo todo y temerlo todo también.

1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LAS CUEVAS DEL DRACH.

(RECUERDOS DE MALLORCA.)

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones

se alzaba en mi imaginación, pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: «¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?», le hubiese respondido: «No sé.» Recuerdo que Manuel Paso, mi compañero de excursiones, me dirigió algunas palabras... yo le respondí: Déjame, no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una violenta sacudida. La naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mí una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construído en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silen-

cioso, sombrío, mudo, ciego; *in pace* gigantesco donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en labor constante, en remozamiento continuo, que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuído más que un artífice, la gota de agua; gota de agua que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego con ruido de beso juvenil en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo formidable y siniestro, hermoso y temible, se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra para resurgir á los pocos segundos y volver á

ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa cercana vista desde las bordas del buque en una noche de tempestad, cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nubes, nos lo muestra todo de golpe, el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil granítico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece de súbito, todo se hunde en el abismo de la noche negra, haciéndole á uno preguntarse con asombro y con miedo: «¿He visto lo que he visto, ó no?»... Y uno duda y vacila, y acabaría por decir, «no, no he visto nada», si el faro del puerto brillando en la obscuridad como un grito de luz, no nos dijera: «Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes».

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella

estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza que nos gritaba: «¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello que lo que lleváis visto.»

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos? Una maravilla. ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo de nuestra vivienda común!... Esta galería era una calle inmensa, donde se alineaban edificios enormes, en cada uno de los cuales había dejado su huella y su fórmula una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; al lado suyo, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y de convertir la piedra en oración; junto á ella un trozo de idolatría mejicana, confundiendo las líneas de su dibujo semi salvaje con el de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que

se unían los fragmentos colosales de una pagoda india despanzurrada. Enfrente una capilla del Renacimiento, donde estalactitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de la época, combinándose con las más elegantes y airosas combinaciones geométricas que imaginarse puedan; cerca un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espeso bosque de arcos semicirculares, sostenidos por columnas bajas y caladas, que evocaban las mezquitas donde sueñan los árabes con su paraíso lascivo y carnal; y al término de la galería, al desembocar en ancha plazoleta, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba, como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también á pedir un puesto de honor, en el que reinase como

soberana única, sin rivales ni copartícipes. Era aquello que yo veía algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones, para encerrarlas y confundirlas por sus desaciertos en una mazmorra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban entre los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra. Una ciudad entera cuyos límites se desvanecían en el fondo siniestro de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo con sus montañas esqueletoideas y sus abismos amenazadores, con sus bosques donde todos los árboles se mezclaban constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las simientes de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras

con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaveral... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían en multitud finísima como brotes de hierbas jugosas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repetadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus apopléticas mazorcas... Sólo que por un fenómeno rarísimo, por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida; no brotaba del suelo, sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante variando siempre. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achica-

ron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial... cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando envueltos de repente por la obscuridad pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba. ¡Atención, señores!...

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente, pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo formado en el transcurso de los siglos con gotas de agua espiritualizadas por la constancia y por el tra-

bajo, limpias de toda impureza, cernidas antes de caer allí por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que habíamos visitado; mundo al que no faltaba nada, ni habitantes siquiera, que su pacienzudo creador le había dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes que dormían en medio del bosque, de aves desconocidas que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos sembrados en la bóveda irregular de la cueva... No; nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro, sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

\*  
\*  
\*

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaba contraste delicioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el *payés* mallorquín por aquellas crujías de sombra, mofándose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también; que en más de una ocasión dijo al más próximo: «¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!» ó gritó al más apartado de la senda: «¡Ven aquí, *pijotero*, que desde aquí lo verás mejor!» Era la nota cómica en aquel drama de la naturaleza, la risa de aquellas tinieblas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto

de artista iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de *su* cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía, como una música retozona, daba yo vueltas en el interior de mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío vivió en tiempos remotos la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su materia...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más asqueroso embruteci-

miento y que vino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; que habían llegado al límite del egoísmo, de la brutalidad en el desenfreno, que eran delincuentes, monstruosos, sin redención posible, y que Dios, queriendo castigar sus infamias con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo, así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la tierra alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe..., y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo in-

evitable de su desgracia, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron los unos contra los otros; las hojas quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon cayendo sin concierto los unos encima de los otros; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse á volar, los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléctico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie, y sobrecogidos por un espasmo nervioso, agarrotados por el más horrible de los estupores, quedaron, donde les sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia delante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en

el último rincón de la cueva, y la sombra, la sombra eterna cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra de puro contraer sus organismos todos, abandonado de Dios, sin que ningún ruido turbe el silencio pavoroso de su cárcel más que el de la gota de agua que cae sobre el lago, profiriendo un *chist* solemne, mandato imperativo de silencio perpetuo... ¡Allí está ese mundo siglos y siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo...!

